

El autor de *Adiós, Niassa*, “Trece días a través de Mozambique repasa anécdotas, peligros y cambios de rumbo de su travesía en determinadas esquinas”

Por Mariana Álvarez

“El día se iba; la hora de escoger un sitio donde pasar la noche había llegado y aquel parecía el territorio más despoblado del mundo. De pronto, a la vera del camino, un manojito de chozas (...)

Enseguida nos rodeó una turba de niños que parecía celebrar el arribo de los extranjeros. Adelantaron que la aldea se llamaba Marrundú. Preguntamos por el jefe. No estaba. Tres minutos más tarde vino a nuestro encuentro una especie de consejo de ancianos deseosos de saber qué estaba ocurriendo. Sus miradas denotaban precaución y respeto. Ellos tampoco sabían qué esperar. El repentino arribo de los blancos merecía la máxima atención; acaso ponderaran apropiado consultar al oráculo o a sus antepasados”.

Esto ocurrió en apenas unos minutos de los 13 días en que Mauricio Bergstein recorrió Mozambique. Este uruguayo nacido en Montevideo en 1961, economista y director de una empresa de inversiones en Estados Unidos, donde reside desde hace 5 años, lo relata en su cuarto libro de viajes. En el año 2000 publicó *Páginas de arena*, en el que narró su travesía por el desierto del Sahara; en 2001 editó *La fiesta de los dioses*, enfocado en India, Nepal e Indonesia; y en 2003 sacó *La soledad del mercenario*, sobre el África negra. Ahora llegó el turno de *Adiós, Niassa*. Trece días a través de Mozambique, un libro editado por Fin de Siglo en el que relata su odisea hacia la reserva de Niassa, un sitio custodiado por 14 mil elefantes.

La travesía la hizo junto a dos compañeros: George Rodrigues Cavadas, un amigo portugués nacido en Mozambique, y Juan José Roselli, un profesor de Filosofía uruguayo que por pura casualidad -o destino- conoció apenas comenzado el viaje.

“En los viajes a veces pasan cosas que te sacan de lo que vos querés hacer. George decía: ‘El viaje es la pulverización del itinerario. Si vos tenés un itinerario y lo cumpliste, quiere decir que no llegaste a ningún lado’. Es un poco exagerado y tajante. Pero sí, hay que zafar un poco, que pase algo”, dice Mauricio. Y continúa: “Es como el síndrome de Cristóbal Colón: creés que vas a un lado, cuando en realidad estás yendo a otro. Siempre hay cosas que te desvían. Vos esperás en un viaje un encuentro, no sabés con qué o con quién. En rincones impensables del mundo eso puede suceder. Es como que el mundo te hace una guiñada en determinadas esquinas”.

Y el itinerario es aún más complicado en estos terrenos. Para ir a Niassa necesitaban un salvoconducto, además de que no había senderos y avanzaban esquivando minas terrestres. Eran varios los peligros que podía deparar la aventura. Para Mauricio, el “más real” era llegar a las aldeas. “Cuando se hacía la noche teníamos

que buscar una aldea para dormir. Ir de ciudad en ciudad era inviable, porque no hay tantas. Y de noche no podés manejar porque es peligrosísimo. Los caminos son muy malos, te podés llevar a alguien por delante. Las aldeas son como las ves en las películas: chozas de barro, techos de palma entrelazada... Tenías que pedirle permiso al jefe de la tribu, a ver si te dejaba quedarte. Armabas tus carpas arriba de la camioneta, pero no sabías qué pasaba alrededor. Si hubiésemos tenido la mala suerte de aterrizar en la aldea equivocada, no sé qué podía pasar. Pero en las aldeas donde nos tocó dormir siempre fuimos recibidos fantásticamente bien”.

Es que los lugareños no tienen ningún tipo de contacto con turistas, y por eso no saben qué esperar de los curiosos visitantes. “En el norte, en determinado momento nos dimos cuenta que en lugares remotísimos la gente huía despavorida cuando veía nuestra camioneta. Nosotros no sabíamos lo que pasaba. Algo raro. ¿Por qué será? ¿Porque tenemos chapa sudafricana? Uno de mis compañeros decía: ‘Tienen miedo que los vendamos como esclavos’. ¡Cualquier delirio! No sabíamos lo que estaba pasando. Una chica que iba andando en bicicleta vio la camioneta cuando la tenía a dos metros. Tiró la bicicleta, se dio terrible golpe y salió corriendo despavorida, a esconderse. Dejó la bicicleta abandonada. En una parada vimos a unos chicos y tratamos de acercarnos, les sacamos unas fotos, que vieran la onda amistosa. Cuando empezamos a charlar les preguntamos: ‘¿Por qué la gente se va corriendo’. Nos dijeron: ‘Tienen miedo de que los blancos les vendan las partes’. ¿Los ojos, la nariz? Es raro que chicos de 7, 8 años te vengan con esa historia. A alguien algo le pasó para que te digan eso”, reflexiona Mauricio.

CAMBIÓ EL PROPÓSITO

Uno de los objetivos iniciales del viaje, además de ir a Niassa, consistía en hacer una donación de útiles y mejorar la escuela en la que George había aprendido a leer y a escribir. “Él había organizado una colecta entre los colegas de la compañía para mejorar la escuela. En una ciudad grande fuimos a un lugar donde se podían comprar útiles. Llenamos la camioneta de artículos escolares. De lo que pedía esa escuela comprábamos todo gastando sólo el 20% de la plata que teníamos. Dijimos: ‘Vamos a gastarnos toda la plata y hacemos donaciones en las escuelas rurales’. Fue como que cambió el propósito del viaje”, recuerda. Desde entonces, recorrieron diferentes centros educativos, llevando lápices, sacapuntas y cuadernos a chicos que nunca habían visto un útil. “En el libro justamente me planteo hasta dónde servía esa donación, porque les entregabas lápices a personas que no... Les enseñaban otras cosas: canciones, tradición oral, historias de los antepasados”, reflexiona.

Para los lectores que luego de acompañarlo por Mozambique queden con ganas de aventuras propias, Mauricio advierte que sólo se necesita “tener ganas; que cuando se plantea la situación te dejes ir”. Pero hace una advertencia: “Tenés que ser muy prudente. En el momento más inesperado se te puede venir todo abajo”. ■

“Vos esperás en un viaje un encuentro, no sabés con qué o con quién. En rincones impensables del mundo eso puede suceder”



Gentileza de Mauricio Bergstein



David Puig

